

los siglos en la calle de la Amargura por el olvido, por el desagradecimiento, por la inmoralidad, por la incredulidad de sus hijos!

### LA REINA DE LOS MARTIRES

Es aquél un cortejo de ignominia, de escarnio, de desprecio, pero en él va también «su Madre». ¡Qué tinieblas debieron envolver el alma de esta mujer en la noche del odio y del desprecio! Pero ella asciende animosa por la calle áspera y tortuosa; sabe que el amor debe ser fuerte, que exige sacrificio y una perseverancia incondicional. Sube hasta el Calvario y se acerca al lugar del suplicio. Allí está junto al patíbulo de su Hijo. No quiere perder ni una de sus palabras, ni una de sus miradas, ni una de las gotas de su sangre. Dios ha ido conduciendo a su «esclava» a través de las alegrías y las amarguras, y ella, «la sierva fiel», le ha seguido siempre fielmente. No podía faltar en esta hora tenebrosa. Y está de pie. Pensando en Jesús, pensando en nosotros.

Jesús ha entrado en la agonía. Tres horas casi lleva pendiente en la cruz. El cielo se había oscurecido, la tierra estaba cubierta de tinieblas; el pueblo, como una serpiente multicolor, empezaba a desfilar cuesta abajo, y esto había permitido a los más fieles reunirse cerca del Señor agonizante. Rodeando a «su madre», están también, la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, y Juan Evangelista y María Magdalena. Viólos Jesús, y distinguiendo cerca de su Madre al discípulo amado, dijo con voz apagada: «Mujer, he aquí a tu hijo»; y añadió, dirigiéndose a Juan: «He aquí a tu Madre».

En este testamento unía para siempre sus dos más grandes amores terrenos: la Madre, que le había concebido de una manera única en el mundo, y el joven, que había reclinado la cabeza en su pecho. Hasta el último mo-

mento se olvidaba de sí mismo para pensar en el consuelo de los otros: daba una Madre al amigo y un hijo a la Madre; y extendiendo su mirada a toda la Iglesia, a la reunión de los amigos de todos los tiempos, creaba la maternidad sobrenatural de María y la asociaba a la obra de la Redención. Después de haber recibido sobre su corazón todos los dolores, las angustias, los golpes de Getsemaní, del Pretorio y de la calle de la Amargura, la Reina de los Mártires estaba también al pie de la cruz para levantar ante los ojos del Padre aquella hostia única y universal, que en cierto modo era propiedad suya, para inmolarsé juntamente con El, y para merecer, a título de corredentora, los derechos de una acción maternal en la sociedad nueva.

Era el cumplimiento del gran deber, que había aceptado cuando dijo al ángel: «Hágase en mí según tu palabra.» Pero era también el impulso del más grande amor que se ha encendido en un corazón de madre: Estaba al pie de la cruz porque amaba, y ese amor fué el mayor consuelo de Jesús en medio de sus tormentos. El Señor la unió consigo en su dignidad y en su gracia, y por eso debía estar unida en sus padecimientos. No podía quedarse a distancia, no podía detenerse al pie del monte. Es la mártir generosa de la compasión. Sufre con El, porque le ama; no puede separarse de El, porque está identificada con El.

### HASTA EL ULTIMO MOMENTO

Ella era la Inmaculada, la bendita entre todas las mujeres. Cierto, pero son, sobre todo, mujeres las que rodean. Está Juan, y a última hora llegan también José de Arimatea y Nicodemos. Los amigos ocultos empiezan a tener audacia al ver a las mujeres. Estos dos amigos se han atrevido a presentar a Pilato